

con el tiempo la cruz roja en sus capas, que fué origen de serias cuestiones, mandando por último que usasen la cruz negra sobre su escudo, capas y estandarte en fondo blanco.

Enrique Wallpot fué el primer Gran Maestre de esta naciente orden, la cual se estableció y tomó posesion del hospital de Monte Sion, como principal punto de su fundacion.

Los Papas y los soberanos temporales en vista de los eminentes servicios que las dos Órdenes habian prestado hasta entonces en favor de la religion y de la patria, no tardaron en dar pruebas de predileccion á la Orden Teutónica. En efecto la Santa Sede le concedió los mismos privilegios de que gozaban los Templarios y Hospitalarios, concediéndole el derecho de poseer perpetuamente todas las tierras y provincias que conquistase de los infieles.

Antiguamente se hallaba dividida la orden Teutónica en 7 provincias, que eran *Armenia, Acaya, Sicilia, Pulla Teutónica, Austria, Prusia, y Livonia*; posteriormente por razon del luteranismo se dividió en 12 baiños, 8 católicos y 4 protestantes: estos son *Hesse, Turingia, Sajonia y Utrech*: los católicos son *Alsacia, Austria, Tirol, Coblenza, Franconia, Aldebiessen, Lorena y Vestfalia*.

En tiempo de guerra la orden estaba obligada á un contingente de 19 caballeros montados y 55 infantes equivalentes á 44,800 libras, y una tasa de 150 libras para la Dieta del imperio.

Los estatutos más antiguos de esta ilustre caballería fueron impresos en 1724 (1). Se dividen en tres clases: la primera contiene lo que dicha orden tenia de comun como toda otra. La segunda referente á la parte hospitalaria y servicio de los enfermos, y la tercera contenia 33 capítulos sacados de la regla del Temple, de la cual era hija, como puede verse confrontando los capítulos de una y otra regla.

REGLA DE LA ÓRDEN TEUTÓNICA.	REGLA DE LA ÓRDEN DEL TEMPLE.
<i>Capítulos.</i>	<i>Capítulos.</i>
I.	I, II, III.
II.	
III.	III.
IV.	XX, XXIII, XXIV, XXV, XXVI, XXVII, LXX.
V.	XXVIII.
VI.	IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XIX.
VII.	XV.
VIII.	X, XII, XIII.

(1) Raym. Duellius: Miscellan., tom. 2, pag. 12.

IX.	XVI.
X.	LXII.
XI.	XVII.
XII.	XLI.
XIII.	XLIII, XLV.
XIV.	XL.
XV.	XXXVI, XXXVII, XXXVIII, XXXIX.
XVI.	XLVI, XLVII, XLVIII.
XVII.	LII, LIII.
XVIII.	LXIII.
XIX.	LXXI.
XX.	LIX.
XXI.	XVIII, LVII, LXIV, LXXII.
XXII.	LVIII.
XXIII.	LXII.
XXIV.	LXVI.
XXV.	LV.
XXVI.	XXXII.
XXVII.	LXVIII.
XXVIII.	LXXI.
XXIX.	LXVII.
XXX.	L.

Como el gobierno de la Orden del Temple era monárquico aristocrático, pues el Gran Maestre era el jefe superior, y los altos dignatarios el Mariscal, Drapero, Senescal con los Maestres Provinciales, de ahí es que la orden Teutónica hija del Temple, aunque algunos historiadores por error la hacen hija del Hospital, adoptó el mismo régimen gubernativo, añadiendo á los altos destinos el oficio de Gran Hospitalario, á ejemplo de los Sanjuanistas, y despues otro, el de Gran Comendador.

Cuando en 1291 aconteció la pérdida de Tolemaida, la orden Teutónica abandonó totalmente el Oriente y se estableció en Prusia en donde hizo grandes progresos. Dicha orden se llamó de los caballeros de la casa de Santa María de Jerusalén; la residencia de su Gran Maestre en Prusia estaba en Marienthal.

Volvamos á reanudar la relacion sobre el sitio de Tolemaida. Puede decirse y con razon que las tres órdenes militares, ya por su mejor organizacion, ya por su disciplina y obediencia religiosa, formaban la fuerza principal del ejército cristiano, y sea que se tratase de alguna empresa de importancia, sea que hubiesen de ocuparse los puntos mas avanzados y de mayor peligro, ó de rechazarse las salidas de

la guarnición de la ciudad sitiada, triste es decirlo, las m's de las veces no eran sostenidas por el resto del ejército por estar dividido entre sí: por esto seguía el sitio lentamente por no decir suspendido por razón de las discusiones entre Lusignan y Conrado, en las cuales los cruzados habían tomado partido, cada uno según su inclinación. Casi cerca de dos años duraba este memorable sitio. La llegada de los alemanes había producido muy pocos resultados, y la gloria de terminar este sitio parecía estar reservada á los reyes de Francia é Inglaterra.

Felipe Augusto, antes de marchar, había ordenado por testamento que durante su ausencia, todas las rentas de sus dominios fuesen depositadas en la casa del Temple de París, en cuyos cofres hubiera diferentes llaves, que las guardaran los tesoreros del reino, y una de ellas el tesorero del Temple. De este tesoro, decía el príncipe, se sacará todo el dinero necesario, y se me enviará cuantas veces lo pediré (1). Ricardo Corazón de León, que por la muerte de su padre Enrique II, había sucedido al trono de Inglaterra, había equipado con inmensos gastos una escuadra de 73 buques, la que confió á la dirección de algunos obispos y señores; uno de los cuales era Roberto, tercero de este nombre, señor de Sabloi ó Sablé, en Anjou, que se hizo Templario al llegar al campo de los cristianos de Palestina, y que al poco tiempo fué elegido Gran Maestre de la Orden (2). Al pasar la flota inglesa por las costas de Portugal, el sultán Miramamolín de Africa tenía puesto sitio á Tomar con 50,000 hombres. El célebre D. Galdin Paez, que había fortificado esta plaza algunos años antes, era su gobernador, y la defendía secundado por sus cohermanos los Templarios, con un valor tal, que obligó á los sarracenos á retirarse á Santaren. Afortunadamente para el rey D. Sancho, que se hallaba encerrado en dicha plaza, con motivo de una tempestad que impidió á la escuadra pasar el estrecho de Gibraltar y la arrojó á la embocadura del Tajo, al saber Roberto de Sablé los apuros de D. Sancho, desembarcó parte del ejército inglés, introdujo socorro á Santaren, por cuyo motivo tuvieron que huir vergonzosamente los sarracenos (3).

A últimos de 1190 llegaron los dos reyes á Mesina, y obligados por el mal tiempo á pasar el invierno en ella, no se tardó mucho tiempo en romperse la paz entre los dos soberanos. El carácter y humor de uno y otro eran demasiado contrarios, para armonizar. Ricardo se malquistó con los franceses, y después con los de Mesina, hasta el punto de sitiar á estos últimos, entregando la ciudad al saqueo. Estos desagradables inci-

(1) Rigordus, in *gestis Philippi Augusti*.

(2) *Historia de la casa de Sablé*, lib. 6, cap. 5, pag. 174, 175.

(3) *Historia de Portugal por Laclede*, pag. 202.—*Historia de Inglaterra por Larrey*, tom. 1, pag. 413.

dentes hubieran hecho fracasar la cruzada, si los caballeros y señores de las dos naciones no se hubieran puesto de por medio á fin de terminar sus querellas por un acomodamiento amigable. Ricardo consintió en que Mesina quedase bajo la custodia de los Templarios y Hospitalarios, hasta que se hubiera convenido con el rey de Sicilia. Tancredo se sometió al acuerdo de los mediadores, y Felipe Augusto que tenía un fondo de bondad natural, con el cual moderaba sus resentimientos, quiso reconciliarse con Ricardo, y con esta disposición renovóse la alianza que habían jurado al cruzarse, declarando que todo el dinero y muebles de los que muriesen en el camino, se dividiría en dos partes; que de la una cada cual dispondría á su voluntad, pero con la condición de no remitir nada á la familia del difunto; y la otra se entregaría á los jefes de la escuadra, pero principalmente á Roberto de Sablé, al arzobispo de Ruan, á los Templarios y Hospitalarios. Fué necesario que todos, sin excepción de los caballeros, se sujetasen á este convenio y á otras condiciones consignadas por el analista inglés (1).

Pasado el rigor del invierno, Felipe Augusto se hizo á la vela á la mitad de marzo de 1191, llegando en 22 días delante de Tolemaida. Su presencia reanimó á todo el ejército. Después de haber desembarcado sus tropas, el sitio tomó luego otro aspecto, y aunque había gente de todas costumbres y naciones diferentes, no obstante tanto los soldados como los oficiales, por una generosa emulación, buscaban como señalarse á los ojos de tan preclaro príncipe. Este ordenó colocar las máquinas de guerra con las cuales se logró hacer una brecha respetable, á cuya vista todo el ejército pedía á gritos montar al asalto; pero el rey de Francia, por deferencia al de Inglaterra y por compartir la gloria con dicho soberano, suspendió de día en día el avance hasta la llegada de aquel. Entre tanto los sitiados aprovecharon esta coyuntura para fortificarse y retrincherarse más y más en el interior, de modo que se hizo más dificultosa la conquista.

Ricardo se reembarcó en Mesina tres semanas después de la salida del rey de Francia, dividiendo su escuadra en dos, en la una de las cuales iban Eleonor de Navarra que debía casarse con dicho Ricardo, y la hermana de éste, llamada Juana de Inglaterra, viuda de Guillermo II, rey de Sicilia, y en la otra iba el rey con parte de las tropas. Ambas escuadras sufrieron una horrible tempestad en el Archipiélago; la del rey fué á parar á Rodas, y la de las princesas frente de Limiso (Chipre), en donde algunos buques se estrellaron, quedando los soldados y marineros esclavos de los musulmanes, que impidieron se desembarcasen las princesas. Calmada la tempestad y reunidas las dos escuadras, el rey, enterado de lo acontecido, pidió al sultán de la isla satisfacción de tan bárbaro proceder,

(1) Rog. r. de Hoveden: *Anales*, pag. 474, 475.

y la restitucion de sus súbditos, y no queriendo el sultan acceder á una y otra, el rey abordó Limiso, derrotó el ejército musulman, y persiguiendo sin tregua de una á otra plaza al sultan, por fin éste cayó prisionero junto con la princesa de Chipre, hija única que tenia. Antes de partir de Chipre, Ricardo casó con Eleonor de Navarra, y se llevó cargado de cadenas al sultan como un trofeo de victoria; y como el sultan se lamentase del trato que se le daba sin consideracion á su nacimiento y dignidad, y pidiese que Ricardo moderase su rigor, el de Inglaterra mandó cambiar en plata las cadenas de hierro que le sujetaban, y al llegar á Palestina lo confió á los Hospitalarios que le encerraron en el castillo de Margat, quedando la hija en compañía de las princesas Eleonor y Juana (1).

Ricardo confió á algunos de sus favoritos el gobierno de Chipre, y despues la cedió á los Templarios por la suma de 25,000 marcos de plata, equivalentes á 300,000 libras (2). Los Templarios tomaron posesion de la isla, teniendo en ella un cuerpo respetable de tropas á su sueldo, y si al cabo de poco tiempo la devolvieron, fué más por las revueltas de los griegos y su antipatía por los latinos, que por la dureza del gobierno de la Orden del Temple, como algunos han dicho. El motivo por que el Temple la abandonó, fué el siguiente: Los isleños de Chipre jamás fueron guerreros, no obstante se rebelaron contra sus nuevos señores, obligándoles á encerrarse en una fortaleza en donde esperaban sitiarnos por hambre; pero los Templarios, prefiriendo morir con las armas en la mano, antes que rendirse á discrecion, salieron en buen orden, y empeñada la accion los griegos fueron derrotados.

Hay escritores que cuentan esto de la manera siguiente: Queriendo los Templarios, á pesar de los insulares, tomar posesion del castillo de Nicosia, los últimos lo ocuparon antes, resueltos á oponerse y defenderse en dicha fortaleza: pero al ver que iban los Templarios á sitiarles, salieron de la plaza con furor y degollaron á los caballeros, añadiendo P. de Lusignan que fué tanta la sangre derramada en esta ocasion, que corrió desde el castillo hasta el llano. Sin embargo los Templarios se hicieron dueños de la plaza y la arruinaron, construyendo en dicho lugar una pequeña iglesia que llamaron Chatilloneta.

El Gran Maestre Riderfort, informado de sus caballeros de que era imposible conservar la isla, instó al rey de Inglaterra para que volviera á encargarse de ella, y como Ricardo la habia erigido en reino, la vendió por igual suma á Guido de Lusignan. Los príncipes de esta casa la poseyeron por espacio de más de dos siglos (3).

(1) Trivetti, Chron., an. 1191.

(2) Script. Italic., tom. 7, pag. 809.

(3) Itiner. Reg. Angl., tom. 2.—Hist. de Inglaterra, lib. 2, cap. 37.—Tyr. Cont. Hist., Hist. de Chipre, pag. 122.

Más de dos años habia que duraba el sitio de Acre ó Tolemaida.

El rey de Inglaterra llegó delante de esta ciudad el 8 de junio de 1191. Con la llegada de éste y de los demás occidentales, el ejército era fuerte de 300,000 hombres.

Interín, llegaban cada dia nuevas tropas cristianas de los países de Occidente, y con cada refuerzo se ensanchaba el campamento, que parecia ya una plaza fortificada, con sus parapetos y profundos fosos. De este modo se habian reunido ya más de cien mil guerreros alrededor de Tolemaida, mientras que los reyes puestos al frente de la cruzada, disponian todavía los preparativos de su marcha. Despues de cuarenta y cinco dias de sitio en los que tenian los cruzados que batallar continuamente con las tropas de Saladino, bajó éste el 4 de octubre de la colina donde estaba acampado, y se presentó en la llanura en orden de batalla. Casi todos los prelados se armaron aquel dia con yelmo y coraza; el rey Guy iba al frente de los hospitalarios y franceses, precedido de cuatro caballeros con el libro de los santos Evangelios; el landgrave de Turingia capitaneaba á los alemanes, ingleses y pisanos, formando el centro del ejército; Conrado, que habia salido de Tiro para cooperar á la empresa de los cristianos, tenia á sus órdenes á los lombardos, venecianos, y á los guerreros de Tiro; y el gran Maestre del Temple con sus caballeros, y el duque de Gúeldres con sus soldados, iban á la reserva: la guardia del campo estaba confiada á Jacobo de Avesnes y á Geofredo de Lusignan.

El ala izquierda de los musulmanes se retiró ya desordenada á la primera embestida de los cristianos; los cruzados penetraron en el campamento de Saladino, y muchos de sus soldados, presos del terror, huyeron hasta Tiberiades. Los soldados de la cruz, dueños ya del campamento de los turcos, se introdujeron confusamente por las tiendas para saquearlas, y notando los sarracenos que no se les perseguia, á pesar de su fuga, obedecieron la voz de Saladino que mandaba rehacerse, y comenzaron de nuevo la batalla. Notáronlo sorprendidos los cristianos y sucediendo el espanto á la codicia, no dieron ya oidos á las voces de sus caudillos y jefes que les mandaban ordenarse y resistirse. Los caballeros del Temple fueron los únicos que resistieron á los musulmanes, pereciendo empero la mayor parte de ellos. Su gran maestre, hecho prisionero, murió decapitado en la tienda de Saladino.

Este desastre y los innumerables que sufrían diariamente los cristianos, les tenian completamente consternados, y se colmó su dolor al saber la desgraciada muerte de Federico Barbarroja. Desde entonces los jefes de los peregrinos no pensaban ya sino en volver á Europa; pero renació su esperanza al ver llegar una escuadra que se presentó en la rada de Tolemaida, desembarcando muchísimos italianos, franceses é ingleses, capitaneados por Enrique, conde de Champagne. Al saberlo Saladino, dejó á

Tolemaida expuesta á nuevos ataques retirándose segunda vez á las alturas de Karuba, ó montañas de Sarón. Enrique había mandado construir dos enormes torres de madera cubiertas de acero, hierro y bronce, con que amenazaba seriamente á las murallas de la plaza; pero infatigables los sitiados por defenderse, además de incendiar las máquinas de los cruzados, hicieron algunas salidas en las que rechazaron á éstos hasta su campamento. Mientras tanto se consumían el tiempo y los hombres en estériles hazañas, porque la guarnición de la plaza recibía continuamente socorros por mar, no obstante los inauditos esfuerzos que por evitarlo hacían los cristianos. Estos se vieron otra vez afligidos por el hambre, hasta el extremo de tener que matar los caballeros sus caballos de batalla, por cuyos intestinos se daban diez sueldos de oro. Los barones y señores buscaban con afán plantas y raíces para su alimento, y no faltó guerrero cristiano que desertó de sus banderas y se pasó al enemigo para no morir de hambre. Siguiéronse luego las enfermedades contagiosas desarrolladas por los miasmas de los cadáveres insepultos esparcidos en la llanura. Muchos héroes perdonados por las batallas sucumbieron víctimas del contagio, muriendo no pocos más de miseria que de enfermedad. A todo esto hay que agregar para mayor colmo de desdichas, las disputas suscitadas para heredar el trono de Jerusalen, por haber muerto Sibila, esposa de Guy de Lusignan, y sus dos hijos.

Esperábase la próxima llegada de Ricardo y Felipe, detenidos en Sicilia por una guerra de sucesion, ocasionada por la muerte de Guillermo II, que había dejado dos hijos: Constanza, su heredera casada con Enrique VI, rey de los romanos, y encargado de la defensa de sus derechos; y Tancredo, hermano natural de Constanza, querido del pueblo y de la nobleza, y que se mantenía por la fuerza de las armas en el trono de su hermana.

El primer día de la primavera dirigiéronse hácia la Palestina las escuadras cristianas, y Felipe Augusto fué recibido en el campamento de Tolemaida como un enviado de Dios. Al salir Ricardo de Mesina, fué su escuadra dispersada por violenta tempestad, estrellándose tres de sus buques en las costas de Chipre, recibiendo los náufragos muy malos tratos de sus habitantes.

Luego de llegados los franceses á Tolemaida, pusieron sus cuarteles á tiro del enemigo, ocupándose al momento en los preparativos de un asalto que hubiera podido ser decisivo y hacerles dueños de la plaza; si Felipe, cediendo la política á la caballerosidad, no hubiese querido que Ricardo asistiese á aquel primer hecho de armas, con cuya demora pudieron los sitiados recibir socorro.

Después de haber Ricardo tomado posesion de la isla de Chipre, fué á reunirse á los cruzados franceses, acampados delante de Tolemaida. Al sa-

berlo Saladino, envió mensajeros á todos los príncipes sarracenos. Los imanes predicaban la guerra santa y en todas las mezquitas se oraba por el triunfo de sus armas; por lo cual, enardecidos los fanáticos con las palabras de los apóstoles del islamismo, acudieron de todas partes al campamento de Saladino.

Es digno de observarse que mientras el islamismo conspiraba siempre á la unidad, y á la defensa de sus intereses religiosos, sacrificándolo todo á ese ideal; en el cristianismo tendia todo á la division, trabajando todos en sentido opuesto á los verdaderos intereses del principio cristiano. Ricardo y Felipe Augusto andaban divididos desde las disputas que habían tenido en Mesina, y en sus relaciones se notaba cierta susceptibilidad é indiferencia. Es verdad que sus discusiones terminaban siempre con juramentos de reciproca amistad, pero lo es tambien que se daban al olvido á poco de pronunciados.

Esas rivalidades perjudicaron mucho los trabajos del sitio y fueron causa de que se retrasara no poco la toma de Tolemaida. Un hecho imprevisto puso el sello, que digamos, á la enemistad entre los dos soberanos. Sometióse al arbitraje de Felipe Augusto la cuestion acerca de la corona de Jerusalen, y falló á favor de Conrado, por lo cual abrazó Ricardo la causa de Guy de Lusignan. Resultó de ahí la division del ejército cristiano en dos parcialidades: una, de los franceses, alemanes, genoveses y templarios, y otra de los ingleses, pisanos y hospitalarios. Mientras los cristianos perdian así el tiempo en frívolas disputas, aprovechábanlo los musulmanes fortificando la plaza.

Al llegar á Palestina Ricardo y Felipe Augusto pagaron el tributo al clima cayendo enfermos desde luego, debiendo estar en reposo en sus respectivas tiendas, pero mantenian con Saladino corteses relaciones no acostumbres hasta entonces.

Comprendiendo luego de recobrada la salud que nada bueno podian prometerse de sus intestinas divisiones, decidieron por el bien comun reunir todas las fuerzas contra el enemigo de todos, acordando que Guy de Lusignan conservase durante su vida el título de rey de Jerusalen, pero que Conrado y sus descendientes le sucedieran después de muerto. Además, y con el fin de restablecer en lo posible una perfecta armonía, decidióse que cuando uno de los dos reyes atacase la ciudad, velase el otro por la seguridad del campamento y tuviese á raya el ejército de Saladino.

Aceptadas estas bases, y en vista de la resistencia que no esperaban de los sitiados, comenzáronse otra vez formales combates para atacar la ciudad y rechazar á la vez al ejército de Saladino, y se llevaban á término asombrosas hazañas por parte de ambos ejércitos, rivalizando cristianos y musulmanes en valor, actividad y desprecio de la muerte. Los sitiadores apelaron á todos los recursos del valor para apoderarse de la plaza, y de-